

dieron cargados de provisiones á las carabelas; suplicando al Almirante que calmara á su Dios irritado; prometiendo que en adelante traerían viveres con regularidad. Accediendo á sus instancias, dijoles el Almirante que iba á hablar á su Dios; y efectivamente se retiró á su camarote. Para quien comprenda el carácter de Colon, es indudable que rogó á Dios á favor de ellos, pidiéndole que abriera su corazón á la luz evangélica, que les inspirara sentimientos dulces y humanos, y que les evitara los males que habían afligido á los indígenas de la Española.

Durante este tiempo, el eclipse iba aumentando, lo mismo que el terror de los indios reunidos en la playa, como lo probaban sus gritos de dolor, y suplicaban á los españoles que tuvieran lástima de ellos.

El eclipse llegaba á plenitud cuando el Almirante terminada su oración, salió de su camarote, y dijo á los Caciques que había hablado de ellos á su Señor; que Dios escuchaba su promesa de tratar bien á los cristianos, de traerles provisiones, y que, puesto que se hallaban animados de tales sentimientos, seguramente se lo agradecía su Señor. Anuncióles que aquel fenómeno, objeto de espanto entre la mayor parte de los pueblos idólatras, no era un presagio amenazador para los servidores del Cristo, y que pronto la luna no sería ya de un negro rojizo, sino que reaparecería pura y blanca como de costumbre. Colon aprovechó esta circunstancia para mostrar á los indígenas la señal de la Salvación, é inspirarles aquel temor saludable del Señor que es el principio de la sabiduría. Los Caciques dieron gracias al Almirante, y se fueron alabando al Dios de los cristianos (1) del cual no hablaban sino con gran respeto. Desde entonces fueron puntuales en el envío de provisiones que eran escrupulosamente pagadas con objetos de cambio.

§ III.

Diez meses habían transcurrido desde que las tripulaciones de las dos carabelas varadas en aquella magnífica bahía esperaban su libertad. Los más optimistas de entre los pilotos habían perdido toda esperanza después de tanto tiempo. Acostumbrábanse á la idea de considerarse perdidos para siempre; y no tenían más consuelo que su resolución de vender caras las vidas cuando se agotaran las bagatelas y mercancías que les proporcionaban viveres. Á pesar de la modestia de Colon, los favores que había recibido de Dios en tantas ocasiones, le daban ilimi-

(1) «Essi rendevano molte gratie all' Ammiraglio, e lodavano il suo Dio... lodando continuamente il Dio dei cristiani.»—Fernando Colombo, *Vita dell' Ammiraglio*, cap. ciii.

tada confianza en sus bondades. Sabiendo que no se hace lo más mínimo sin su permiso aquí en la tierra, como en el resto del universo, procuraba adivinar cuál podía ser el objeto de la interrupción de su empresa, y de dónde provenía aquella larga detención completamente inútil para la gloria de Dios y la salvación de las almas.

Repasaba en su memoria las contrariedades experimentadas durante su navegación, y atribuía un tenebroso origen á aquella persecución sin ejemplo. No obstante, después de haberle sometido á las rudas tribulaciones, el Señor le había auxiliado. Á pesar de la terrible lucha, le había permitido plantar la cruz en diferentes puntos del Nuevo Continente. Habíale sostenido milagrosamente á través de setecientas millas de mar, luchando contra la furia de las olas, y colocándole en un sitio seguro que ya conocía; pero hoy, ¿por qué parecía que Dios le abandonaba?

Cristóbal Colon meditaba continuamente sobre su rara situación. Podemos asegurarlo, aunque ninguno de los historiadores contemporáneos nos haya hecho saber nada relativamente á esto. Fernando Colon era demasiado joven para conocer los íntimos pensamientos de su padre; el secretario Diego de Porras, había desertado; y el mismo Almirante no dice nada sobre esto en la Relación de su viaje. Pero en medio de sus meditaciones solitarias no hallaba Colon en quien desahogarse, y tomó un confidente que, al cabo de tres siglos, nos ha descubierto su pensamiento y revelado cuál fué su preocupación durante la dolorosa ansiedad de aquel destierro. Ese confidente es el borrador del Libro de las Profecías, que el Almirante había llevado consigo en su navegación, agregándolo á algunas raras obras, compañeras ordinarias de sus viajes, entre las cuales la *Imago mundi* (1) del sabio cardenal Pedro de Ailly, era, si así puede decirse, su familiar más íntimo.

Por la revelación póstuma del Libro de las Profecías se vé que aquella alma continuaba invariablemente joven y poética bajo el peso de los años, y la prostración de los padecimientos. Colon se hablaba á sí mismo en verso, y se hacía esta pregunta: ¿Cuál puede ser la causa de un destierro tan largo (2)? ¡y su penetra-

(1) Creemos que se sabrá con gusto que ese ejemplar del *Imago mundi*, del que nunca se separaba Colon en sus viajes de exploración, existe todavía con las notas marginales puestas de su propia mano. La biblioteca Colombina, fundada en Sevilla por Don Fernando Colon, hijo segundo del Almirante, conserva esa preciosa reliquia del genio. En las notas y documentos justificativos del primer tomo de su Historia general del Brasil, cita M. de Varnhagen algunas de esas notas autógrafas. Este sabio autor motiva fundadamente su opinión acerca del origen de ese ejemplar: «... Chegamos a convercer-nos de que essas notas marginaes bemque escriptas em letra muito mais muida para poupar as margen, são do proprio punho de Colombo, e não de sen irmão, como juigon com Las Casas o Sr. Washington Irving.»—*Historia Geral do Brazil*. Notas ao tomo primeiro.

(2) En la página LXXVII del *Libro de las Profecías*, se leen estos dos versos de puño propio de Colon:
Qual sea la causa de tanto destierro
Por mill prolongado y mas de quinientos.

El historiógrafo real don Bautista Muñoz ha rubricado ese autógrafo y puesto al pie «*Es de letra del Almirante*.»—Colección diplomática, pág. 272.

cion de las cosas celestiales, su fe más bien que su talento buscaba la solución de ese problema divino!

Ocho meses habían transcurrido desde la partida de Diego Méndez, y no se tenía ninguna noticia de la Española. Excepto el Almirante, que tenía instintiva seguridad de su feliz llegada, nadie conservaba la menor esperanza. Suponiendo que por un milagro, Méndez hubiese desembarcado en la costa de la Española, quedaban todavía, desde el cabo San Miguel á Santo Domingo, más de cien leguas que atravesar por entre ásperas montañas. Cierta vago rumor esparcido adrede entre los indígenas por la partida de Porras, quitaba toda esperanza de socorro. Suponian haber visto naufragar un buque arrastrado por las corrientes hacia el Sud. La tristeza de los ánimos aumentaba de cada día más. El médico Bernal, aquel antiguo farmacéutico de Valencia que odiaba al Almirante con la aversión que experimenta el crimen hacia la virtud, se aprovechó de estas disposiciones (1), y se afilió un escudero de la *Capitana*, llamado Alonso de Zamora, y un grumete del *Santiago de Palos*, Pedro de Villatoro, que habían estado enfermos. Atrájose también á cierto Gonzalo Camacho, de Sevilla, á quien su parentesco con el honorable Pedro de Terreros, jefe de los criados del Almirante, debiera de haber preservado de semejante extravío.

Para que no se le ahorrara á Cristóbal Colon ninguna amargura, formóse secretamente una segunda conjuración, más temible que la primera, entre los hombres á quienes él había devuelto la salud con sus cuidados y medicación moral. Cediendo los antiguos enfermos á las insinuaciones del médico Bernal, exasperados por la dureza de su posición, resolvieron apoderarse de los botes de servicio, quitar todo lo que había á bordo, y asesinar al Almirante que les había reducido á tan triste situación. Ese fué el partido que dictó la desesperación, cuyo secreto quedó enterrado profundamente en un odio silencioso, sin que se trasluciera al exterior. Colon no recelaba en manera alguna tal peligro; pero la Providencia velaba por él. «Dios le socorrió en el peligro (2).» Habíase fijado el día, y durante la noche del mismo debía estallar la conjuración que se llamó de los enfermos. Pocas horas ántes del momento fijado para su ejecución, hacia el caer de la tarde (3), se divisó al Noreste el velamen de una carabela pequeña, como

(1) Cristóbal Colon.—«Este maestre Bernal se diz que fué el comienzo de la traición.» — *Carta del Almirante á su hijo Don Diego, fechada en Sevilla el 29 de diciembre de 1504.*

(2) Herrera, *Historia general de los viajes y conquistas de los Castellanos en las Indias occidentales*. Década 1.^a, lib. VI, cap. VII.

(3) «Ma vedendo Nostro Signore il gran pericolo che all' Ammiraglio soprastava, da questa seconda seditione, gli piacque di rimediarsi con la venuta di un caravellone...» — Fernando Colombo, *Vita dell' Ammiraglio*, cap. CIV.

una aparición sobre las olas. Su aspecto hizo abortar el crimen. Aquel buque se aproximó, y echó el ancla á poca distancia de las chozas.

§ IV.

Para explicar cómo llegaba tan tarde el socorro de Ovando, es preciso que retrocedamos hasta la llegada de los dos mensajeros del Almirante á la Española.

La asistencia invisible, que había favorecido la navegación de Diego Méndez, le condujo sano y salvo, al traves de las montañas erizadas de obstáculos y enemigos, hasta cerca del gobernador general, que visitaba militarmente la parte central de los Estados de Xaragua. Con todo el ardor de su alma expuso el digno capitán la inminencia de los peligros que corrían el Almirante y las tripulaciones, y no olvidó nada que pudiera empeñarle en que les libertara sin dilación. Ovando, empero, á la par que acogió con mucha cortesania al capitán de bandera del Almirante, no se mostró muy sensible á cuanto éste le decía porque sospechaba una segunda intención en aquel naufragio, y pensaba que el Almirante había preparado aquel accidente para que le proporcionara un pretexto plausible para ir á la Española (1); así pues no tomó inmediatamente ninguna resolución. Valiéndose de diversos medios dilatorios, retuvo á Diego Méndez so pretexto de que no quería exponerle á los peligros de un camino de setenta leguas, á traves de un país sospechoso de insurrección; pero en realidad, á fin de quitarle todo medio de comunicarse con algunos partidarios del Almirante. Cuando el fiel Diego Méndez volvía á insistir, recordaba la triste situación de su jefe, y se ofrecía á fletar, á sus propias expensas, una carabela que le trajera víveres y le condujera con toda su gente á Castilla, respondiale Ovando que á buen seguro nadie deseaba más que él sacar al Almirante del lugar en donde se consumía, pero que para ello se necesitaban naves, y desgraciadamente, no se hallaba ni una sola en los puertos de la isla. Efectivamente hacia ya más de un año que no había llegado ni una sola (2). Ínterin, el gobernador general continuaba su marcha en el país de Xaragua.

El estado de Xaragua, el más extenso de los cinco reinos de Haití, pertenecía á Behechio, como lo dijimos ya en otra parte de esta historia. Á su muerte, ocurrida poco tiempo ántes, había pasado la corona á su hermana, la célebre Anacoana. La joven viuda de Behechio, la incomparable Guanahattabenechena, que

(1) El P. Charlevoix, *Histoire de Saint Domingue*, liv. IV.

(2) *Relación hecha por Diego Méndez de algunos acontecimientos del último viaje del Almirante don Cristóbal Colon.*

era la mayor belleza de que nunca haya habido memoria en aquellas islas, había sido enterrada viva con sus adornos (1), y con otras dos mujeres (2), según el uso del país. Anacoana quedaba pues sin rival en la belleza, como no la tenía ya en el talento y en el poder. Los grandes y pequeños soberanos de la isla reconocían su supremacía, y adoraban su persona como veneraban sus preceptos; era la personificación de la poesía de los insulares, el tipo de la belleza, y la primera sublimidad accesible á su entendimiento.

Ciertos cómplices de Roldán que se habían sustraído á la orden de volver á Castilla y habían obtenido reparticiones de tierra en los Estados de Bebechio, donde cometían horribles excesos, creyendo captarse el favor del gobernador y prevenir las quejas que podrían llegarle acerca de sus iniquidades, habían imaginado escribir diversas veces que los indios de aquella comarca preparaban una rebelión.

Siguiendo Ovando el ejemplo del Almirante, resolvió ir á examinar por sí mismo los sitios y los hombres, sujetar á los indios, y reprimir al mismo tiempo los abusos cometidos por los españoles. Para lo que pudiera ocurrir, se hizo acompañar por una fuerza respetable, trescientos hombres de infantería y setenta caballos. Anuncióse como quien iba á levantar el tributo y visitar una soberana que siempre se había mostrado benévola para con los castellanos. Anacoana envió en seguida la orden á todos los Caciques de reunirse con gran pompa en su residencia, para prestar homenaje al gobernador. Ella misma salió á recibirle con muy notable cortejo, entre coros y danzas de su composición, alternados con grupos de indígenas engalanados con sus más bellos adornos, confundidos entre canéforas que embalsamaban el ambiente con sus flores y guirnaldas (3). Hizo ejecutar por treinta coristas un baile nuevo, la danza virginal, en el que no figuraban ni hombres, ni mujeres casadas (4). Al gobernador y su séquito se les alojó en habitaciones preparadas al efecto, y se les sirvieron banquetes con notable profusión. Pasáronse varios días entre regocijos. «No podían cansarse de admirar el buen gusto que reinaba en aquella corte salvaje (5).» Los antiguos cómplices

(1) «Secum sua monilia sibi quæ viventi gratus ornatus sepelivit.»—Petry Martyris Anglerii, *Oceanæ Decadis tertiæ, liber nonus*, fól. LXIII.

(2) «Dos de sus mujeres entraron vivas con él, no tanto por el amor que le profesaban como por fuerza y contra su voluntad, y se las metió en la sepultura enteramente vivas, y realizaron esos infernales obsequios y funerales para observar la costumbre que no era general en toda la isla.»—Oviedo y Valdés, *Historia natural y general de las Indias*, lib. V, cap. III. Traducción de Jean Poleur, valet de chambre de François I^{er}.

(3) La pintura de las costumbres de Haití y del númen poético de la reina Anacoana se halla admirablemente descrita por D. Fernando Denis en su novela histórica: *Ismael Ben Kaizar*. Á pesar de la ficción, se deja sentir la realidad de la observación en este serio estudio local, y se la encontrará mucho más importante y completa que la *Historia de los Caciques de Haití*, por D. Emilio Nau.

(4) Oviedo y Valdés, *la Historia natural y general de las Indias*, lib. V, cap. I.

(5) El P. Charlevoix, *Histoire de Saint-Domingue*, liv. IV, p. 232.

de Roldán quedaron confusos al ver al rígido Comendador quedar cautivo de los encantos de Anacoana, así que redoblaron sus instancias para persuadirle de que aquella recepción ocultaba el colmo de la perfidia.

El ánimo inquieto y suspicaz de Ovando aceptó fácilmente esta idea, á la que correspondió mediante una combinación odiosa. Anunció el Comendador que puesto que los indios habían obsequiado á los castellanos con sus fiestas, él les enseñaría á su vez los juegos ecuestres de España. Indicó esta fiesta para el domingo próximo, é invitó á ella á la reina, haciendo que le insinuaran que sería digno de tan gran reina presentarse al espectáculo con toda la nobleza. La sala donde estaba reunida la Corte india estaba situada frente á la plaza donde debía verificarse la carrera: consistía en un recinto abierto, cuyo techo estaba sostenido por gran número de pilares. Anacoana, *la flor de oro*, siempre hermosa como en los días que el caballeresco Adelantado prestaba homenaje á la soberanía de sus gracias, pero ligeramente impresas en su rostro las huellas de la melancolía, después de los disgustos ocasionados á su hija Higuemotta por Fernando de Guevara, tomó asiento con su querida hija en sitio preferente á los primeros Caciques, impacientes ya por presenciar un espectáculo desconocido.

Los españoles se hicieron esperar buen rato.

Pelotones de infantería ocuparon sucesivamente todas las avenidas de la plaza: Ovando jugaba friamente al tejo mientras se procedía á estos preliminares. Habíase acordado que cuando él pusiera la mano sobre su cruz de Alcántara (1), jinetes é infantes matarían sin dar cuartel á la multitud. Cerradas que estuvieron todas las salidas, Ovando montó á caballo y se presentó al frente de su escuadrón; después de algunas evoluciones, desenvainó su espada, y todos los jinetes desenvainaron las suyas, lo que causó alguna agitación en el corazón de Anacoana. Al cabo de un instante, el Comendador hizo la señal convenida. Arrojóse entonces la tropa sobre los curiosos desatinados, mientras que los pelotones de infantería atacaban por la espalda, causando una horrible carnicería. Mujeres, niños, ancianos, todos eran igualmente heridos, derribados, aplastados por los caballos. El salón donde estaba la reina, cercado por los jinetes, se trocó en cárcel para los Caciques. Sólo Anacoana fué sacada de allí (2); pero violentamente magullada, y atada muy fuertemente. Ochenta y cuatro señores (3) fueron atados á los pilares, y sometidos al tormento, á fin de que dieran declaraciones que arrojaran

(1) Herrera, *Historia general de los viajes y conquistas de los Castellanos en las Indias occidentales*. Década 1.^a, lib. VI, cap. IV.

(2) Herrera, *Historia general de las Indias etc.* Década 1.^a, lib. VI, cap. IV.

(3) *Relación hecha por Diego Méndez de algunos acontecimientos del último viaje del Almirante don Cristóbal Colon.*